

Les sept savoirs nécessaires à l'éducation du futur*

Edgar Morin

Edgar Morin, filósofo francés, sociólogo de formación, es ampliamente conocido en el ámbito académico. Ha dedicado su vida a una fructífera y profunda reflexión social y filosófica, cuya fertilidad es constatable en sus trabajos difundidos en lengua española, es decir, la serie de cinco ensayos conocida como *El método*; la colección de seis textos sobre *Pensamiento complejo*; o su *Trilogía pedagógica*. Para quienes se dedican a enseñar y para todos los interesados en la educación en general, Morin ofrece su más reciente reflexión en *Les sept savoirs nécessaires à l'éducation du futur*, en el entendido de que ése constituye el camino más seguro para construir el futuro de toda sociedad.

Con base en un par de premisas: integrar las disciplinas existentes y estimular el desarrollo de un conocimiento apto para el futuro —entendido como objeto viable—, el autor despliega su reflexión en siete capítulos, cuyos resúmenes son los siguientes:

- 1) El conocimiento no es algo *ready made*; hay que examinar su naturaleza y ponerse en guardia respecto de los errores e ilusiones a que puede conducir la reflexión cuando ése es buscado. Sólo así es viable acceder a él.
- 2) La prioridad en la búsqueda de conocimiento debe ser para enfrentar los problemas fundamentales y globales de la sociedad planetaria. Conformarse con conocimientos parciales y locales conduce a su fragmentación y en último término a su esterilidad.
- 3) Hay que enseñar la complejidad física, biológica, psíquica, cultural, social e histórica de la condición humana, pues de no hacerse no se sabrá qué es *ser humano*, lo cual es objetivo esencial del conocimiento.

* Edgar Morin, *Les sept savoirs nécessaires à l'éducation du futur* [Los siete saberes necesarios para la educación del futuro]. Paris, Éditions du Seuil, 1999, 135 p.



- 4) Hay que enseñar, también, el ineludible destino planetario del género humano, sobre todo desde el siglo xvi, sin ignorar opresiones, dominaciones y devastaciones; y hay que enseñar, asimismo, las graves crisis del siglo xx.
- 5) Es necesario enseñar la incertidumbre: navegar en los océanos de incertidumbre a través de los archipiélagos de certidumbre. Del mismo modo, es imprescindible abandonar las concepciones deterministas que predecían el futuro de la humanidad.
- 6) Dado que la comprensión es medio y fin de la comunicación humana, es menester reformar las mentalidades y comprender la incomprensión y todas sus secuelas: racismo, xenofobia, etcétera. Hay que construir una educación para la paz.
- 7) Por último, hay que enseñar la ética del género humano, es decir, a nivel del individuo, la sociedad y la especie, fomentando la solidaridad terrestre. Hay que generar la conciencia de pertenencia a la especie humana, a la Tierra-patria.

* * *

Las falsas ideas sobre la concepción del hombre son tan viejas como la humanidad misma, dice al autor, y el error y la ilusión en torno al conocimiento siempre están presentes, son un peligro constante. Debido a que el cerebro humano sólo está conectado en una proporción de dos por ciento, indica el autor, el margen de error sobre la percepción de la realidad puede ser enorme, y da pie a fantasías, sueños, egocentrismo o fallas de memoria. Al error de percepción se agrega el de interpretación: "... los paradigmas que controlan la ciencia pueden desarrollar ilusiones, y ninguna teoría está inmunizada contra el error [; y] lo que permite distinguir entre vigilia y sueño, imaginario y real, subjetivo y objetivo, es la actividad racional [y lógica] del espíritu [...] la racionalidad es correctiva..." (pp. 19, 21). Sin embargo, apunta Morin, no hay que confundir racionalización —actividad que puede revelarse un juego mental tramposo— con racionalidad, que es un dispositivo de diálogo entre la idea y lo real, donde, además, hay que considerar un *principio de incertidumbre racional*. Advierte, asimismo, sobre el poder de las ideas y creencias —transmitidas por medio del lenguaje—, las cuales "no son solamente productos del espíritu [sino] seres con espíritu, poseedores de vida y poder" (p. 28). Por ello, subraya, para superar el error, la ilusión y las falsas ideas, hay que luchar constantemente contra todo conformismo cognoscitivo e intelectual, y ello se logra con inteligencia, la cual florece y se desarrolla con buenas dosis de afecto.

Reconociendo que las agudas problemáticas que, *mutatis mutandis*, experimentan todas las sociedades del globo, Morin considera que existe una crisis global —y difícilmente se puede estar en contra de esa apreciación—, la cual, mientras más se profundiza resulta más intrincada pensar en ella: "... más los problemas se tornan planetarios, más se tornan impensables" (p. 45). Por ello, el conocimiento real del mundo deviene una necesidad, no sólo intelectual sino vital. De aquí que la escala del conocimiento pertinente deba ser el planeta todo y el género humano con él. Para ello es necesario que la educación del porvenir promueva "... una 'inteligencia general' apta para referirse a lo complejo, al contexto de manera multidimensional, así como a lo global" (p. 39). En este aspecto de la inteligencia, el autor marca su distancia con la Inteligencia Artificial —panacea de mu-

chos en la hora actual—, la cual es el resultado, dice, del pensamiento tecnocrático, que no necesariamente comprende lo vivo, lo humano. Por ello, una cuestión fundamental a la que habrá de enfrentar la educación del futuro —ya presente— es la de la reforma del pensamiento, es decir, ella no debe ser sólo programática, sino paradigmática.

Para el autor es también necesario que la educación del futuro enseñe la condición humana, tema del que se ocupa en el capítulo tres de su ensayo. Señala Morin que de ahora en adelante los estudiantes deben aprender que la condición humana es unidual: el *homo sapiens* es a la vez *homo demens*. Opina que la condición humana es el conjunto sostenido por el cerebro, el espíritu [*vie*], y eso que es llamado cultura. Para el filósofo francés, es imposible pensar “la unidad compleja del humano a partir del pensamiento disyuntivo, que concibe la unidad de nuestra humanidad de manera insular” (p. 50); ése es un problema epistemológico mayor, pero remontable. Para ello, la educación del porvenir deberá enseñar la unidad de la especie humana, vigilar para que no sea borrada su diversidad, al mismo tiempo que no se permita que ésta eclipse su unidad. “Hay una unidad y una diversidad humanas” (p. 58).

Mientras más ligados estamos al mundo —es decir, a la realidad social global—, más difícil es asirlo y comprenderlo, apunta el autor. Señala que la noción de mundialización —globalización— puede ser también entendida como sinónimo de balcanización. En esta realidad global, el sistema productivo hegemónico es a la vez destructivo, devastador, y en última instancia provoca el antidesarrollo. “Concebido sólo de manera técnico-económica, el desarrollo es insostenible. Requerimos de una noción más rica y compleja de desarrollo, que no sólo sea material, sino también intelectual, afectiva, moral” (p. 74). Esa idea podría buscarse, sugiere Morin, en el pensamiento policéntrico, aprovechando la diversidad creativa de la humanidad, de tal suerte que podrían generarse alternativas frente al poco halagüeño estado de cosas existente. Para ello, la educación del futuro tendría que enseñar y promover la identidad terrícola, lo que entrañaría, de suyo, la “ciudadanía terrestre”, necesaria para constituir la “Patria-Tierra”. Ahora bien, para acceder a esa ciudadanía terrestre, es necesario promover una nueva conciencia entre los hombres, la cual interesa a cuatro ámbitos, según el autor: *conciencia antropológica*, que desvela la unidad y diversidad de la especie; *conciencia ecológica*, que mostraría la necesidad de mantener en equilibrio los sistemas naturales; *conciencia cívico-terrestre*, que por su propio término se explica; y *conciencia dialógica*, que surge del ejercicio complejo del pensamiento y que permite, a la vez, entre-criticarse, autocriticarse y autocomprenderse. En fin, sugiere el filósofo, esa nueva conciencia, enseñada y promovida por la nueva educación, debería incluir, también, una ética de la comprensión planetaria.

Dice Edgar Morin que en el siglo xx la humanidad descubrió “la pérdida del futuro”, es decir, que la humanidad ha extraviado sus esperanzas y utopías frente al porvenir; el mito del progreso humano sin fin colapsó. Esa pérdida se explica en gran parte por las catástrofes sociales ocurridas durante el último siglo, pero también se entiende, según el autor, por el advenimiento de las incertidumbres a las que ha llegado el desarrollo de la ciencia. “El fin de siglo xx ha sido propicio [...] para comprender la incertidumbre irremediable de la historia humana” (p. 87). De hecho, el conocimiento es una aventura incierta que en sí misma contiene, de manera permanente, el riesgo de ilusión y error; “... las ideas y

teorías no reflejan, sino que traducen la realidad de manera insuficiente y errónea. Nuestra realidad no es otra que nuestra idea de la realidad" (p. 95). Por lo tanto, el autor señala que es imprescindible fundar una enseñanza que asuma como objeto de estudio y reflexión las múltiples incertidumbres que acotan desde siempre al género humano.

Más adelante, Morin argumenta en torno al imperativo pedagógico de enseñar la comprensión, que es la misión propiamente espiritual de la educación. Al respecto dice: "... la comprensión entre los humanos es la condición y garantía de la solidaridad intelectual y moral de la humanidad. [...] La comprensión no excusa ni acusa: ella nos solicita evitar la condena perentoria, irremediable; como si uno mismo jamás hubiera conocido falla ni cometido errores" (pp. 103, 106). Pero dicha tarea, advierte, enfrenta de suyo enormes obstáculos, que van desde la indiferencia ignorante o cretina, hasta el espíritu reductor, pasando por el egocentrismo, el etnocentrismo o el socio-centrismo. Además, la comprensión requiere mucha comunicación, pero ésta no necesariamente genera la comprensión. "La comprensión intelectual — subraya Morin — pasa por la incomprensión y por la explicación" (p. 104).

Para finalizar su ensayo, el intelectual Edgar Morin argumenta que es necesario que en el futuro toda educación asegure la enseñanza de la ética del género humano, la cual debe tener un papel primordial. De hecho, opina que la constitución de una antropoética, donde la verdadera democracia tendría que ser esencial, es la única salida para la humanidad. Por ello concluye: "La Humanidad ha dejado de ser una noción abstracta: es una realidad vital, ya que, en lo sucesivo y por primera vez, está amenazada de muerte; la Humanidad ha dejado de ser una noción solamente ideal, al transformarse en una comunidad con destino, y sólo la conciencia de esa comunidad puede conducirla a una comunidad de vida; de ahora en adelante, la Humanidad es, sobre todo, una noción ética: ella es lo que debe ser realizado por todos y cada uno" (p. 129).

* * *

Les sept savoirs nécessaires à l'éducation du futur es un bien ceñido y consistente ensayo. Es también una elegante y coherente propuesta de ética global. Sin embargo, frente a los colosales obstáculos para superar el actual estado de cosas en el planeta —entre los que destacan un "modo de desarrollo" destructivo, una estridente cacofonía que impide la comunicación y una balcanización política global, como el mismo Morin llama al período actual de la historia de la humanidad—, el lector atento se podría preguntar: ¿cómo poner en práctica las propuestas del filósofo francés?; ¿no se tratará de un argumento bueno pero desesperado que surge en el ocaso de la vida de una inteligencia penetrante y sensible como la del autor?

La crisis que atraviesa la humanidad es muy aguda; de hecho, las posibles y reales salidas no son del todo perceptibles. Y aun así, la inteligencia y vitalidad del hombre hacen aparecer planteamientos tan coherentes y sólidos, desde un punto de vista ético, como éste, de Edgar Morin, que mucho estimula y sugiere más; ¡claro!, para aquellos espíritus que conocen y asumen su función en esta aventura extraordinaria que es la vida de los hombres.

Reseña de Ricardo Ávila